

## Una égloga inédita de Agustín de Montiano y Luyando

ROSALÍA FERNÁNDEZ CABEZÓN  
*Universidad de Valladolid*

El vallisoletano Agustín de Montiano y Luyando (1697-1764), primer director de la Real Academia de la Historia, participa en el campo de la literatura como poeta, teórico y autor dramático.

Educado en el espíritu postbarroco vigente en los primeros años del siglo XVIII, su obra literaria de juventud no podía estar ajena a esta influencia; entre las numerosas obras que compuso en esta etapa merecen destacarse el poema bíblico *El robo de Dina*, compuesto en octavas reales, y el melodrama *La lira de Orfeo*.

A finales de los años cuarenta, se opera un cambio radical del gusto entre los escritores; éstos, abandonan la estética del siglo barroco, para intentar dirigir la creación literaria hacia nuevos horizontes estéticos. La semilla de este cambio ya había sido echada por Luzán en 1737, pero comenzará a dar sus frutos en las décadas siguientes.

Montiano y Luyando participará de forma activa en este cambio que se produce hacia la mitad del siglo. El primer gran poema donde ya es patente la evolución es la presente *Egloga*, leída por el propio autor el 5 de Octubre de 1747 en la Real Academia de la Lengua, de la que también era miembro.

*La égloga*, en 68 hojas de letra dieciochesca, la componen 1846

versos repartidos en cuatro estancias, que vienen a ser cuatro días, durante los cuales dos pastores, Lisardo y Julio, dialogan cantando sus penas amorosas.

El poema se sitúa dentro del convencionalismo del género. Al instante identificamos los signos de la convención pastoril; la ambigüedad modestia del poeta culto que voluntariamente adopta el rústico papel de pastor y tiene que suplir con sinceridad natural su supuesta carencia artística. El poeta sigue a sabiendas un doble juego, pues conoce que en realidad, la mayor parte de los pastores son pícaros redomados, bestializados por la soledad y el contacto con la naturaleza. Y sin embargo, el mito pastoril tiene una validez universal, pues el hombre soñará siempre con la Edad de Oro, un mundo natural sin corrupción en que los seres humanos lo son con mayor simplicidad y autenticidad; es a este mundo imaginario, en el que el arte proporciona una segunda y mejor naturaleza, al que Montiano nos invita a penetrar, para sumergirnos en una atmósfera semimítica de un «locus amoenus» eternamente edénico, un lugar pacífico, compuesto por árboles que dan sombra, un arroyuelo que corre entre la blanda hierba, el canto de los pájaros y la fragancia de las flores multicolores. Este paisaje idealizado, que Curtius ha definido e investigado como un topos a través de la poesía griega y latina<sup>1</sup>, constituye un escenario esencial para las ninfas y los pastores de la tradición clásica; sobre este mismo fondo, que el alegorista medieval había utilizado con frecuencia, que Garcilaso de la Vega había proyectado para entrar en contacto con una naturaleza sumamente estilizada, está recreada esta *Egloga* de Montiano y Luyando.

Así mismo, el tema está enraizado en la más honda tradición clásica greco-latina; a través del tamiz renacentista le llegará a nuestro autor. Es la queja del pastor enamorado desdeñado por su pastora amada, que, o bien dialoga con otro pastor amigo para que le aconseje o compadezca, o bien, llevado por su exaltación amorosa, expresa sus sentimientos mediante un dolido soliloquio (Julio al inicio de la estancia tercera). Montiano inserta otros temas que también fueron recreados por Virgilio en la Antigüedad Clásica, y por Garcilaso en el Renacimiento, ya que conectan con la mentalidad neoclásica: la oposición de la prudencia y la razón al amor pasional (vs. 32-39); el tema

1. Curtius, R.E., *Literatura europea y Edad Media latina*, México, F.C.E., 1955, pp. 280-86.

del «Beatus ille» horaciano, incorporado a la tradición clásica española en el menosprecio de corte y alabanza de aldea (vs. 111-120 e inicio de la estancia segunda); virtud y no linaje como valor de las personas (vs. 400-411); exaltación de la amistad individual (vs. 439-478); volubilidad de la fortuna (vs. 841-848, 1440-1522) adelantada en las poéticas premoniciones (vs. 1259-1321).

Por otro lado, el mar (vs. 1766 y ss.) quizás represente el amor como en los poetas del Siglo de Oro. «El reino de Neptuno, tan propenso a cambios fuertes e inesperados, a tempestades tremebundas y naufragios lastimosos, es figura apta para la pasión de amor, tan mudable, tan difícil de dominar, tan sujeto al naufragio del que se lanza en él, detrás de una pasión sin freno»<sup>2</sup>.

Desde el punto de vista métrico el poema presenta el siguiente esquema:

1	-	677	Silva
678	-	773	Sexteto-lira (aBAbCC)
774	-	994	Silva
995	-	1.114	Octava real
1.115	-	1.618	Silva
1.619	-	1.765	Estrofa alirada (aBaBaCC)
1.766	-	1.846	Silva

La mayor parte de la *Egloga* está compuesta por versos endecasílabos y heptasílabos que riman en consonante a gusto del poeta; es, por tanto una silva, combinación métrica muy utilizada durante el siglo XVIII «por su falta de sujeción a toda disciplina formal»<sup>3</sup>. Montiano da preferencia a la modalidad grave, con predominio de endecasílabos. Aunque menos empleada que la estancia para las églogas durante el Renacimiento, a partir del siglo XVII con la renovación barroca comienza su utilización, pero será en el siglo de las luces cuando la desplace, favorecida por el ambiente propicio de libertad creadora.

Montiano cambiará de forma estrófica cuando lo requiera el contenido. La declaración de Lisardo a Leonisa en la estancia segunda la compone en sextetos-liras. El amargo soliloquio de Julio en la estancia tercera está escrito en octavas reales, quizá recordando el

2. Macdonald, I., «La Égloga II de Garcilaso» en *La poesía de Garcilaso*, ed. Elías L. Rivers, Barcelona, Ariel, 1974, p. 217.

3. Navarro Tomás, T., *Métrica española*, New York, Siracuse University Press, 1956, p. 291.

uso de esta estrofa en los poemas bucólicos del Renacimiento y Barroco; por vía de ejemplo señalaremos la *Egloga Tercera* de Garcilaso. Por último, en la imprecación que Lisardo hace al mar en la estancia cuarta utiliza una estrofa alirada, que viene a ser como un desarrollo del mismo tipo métrico que el sexteto-lira.

En el aspecto formal se aprecia un uso abundante del adjetivo, fundamentalmente del epíteto, adjetivo no imprescindible para la comprensión del significado de un mensaje lingüístico, de función esencialmente expresiva. La elección de estos epítetos continúa la tradición clásica española que a partir de Garcilaso se impone en nuestras letras, y que llegará atravesando el Barroco hasta el siglo ilustrado<sup>4</sup>. Además, el carácter subjetivo y afectivo del poema se ve potenciado por los numerosos diminutos que encontramos.

En este mismo sentido, el uso del adverbio en *-mente* aumenta la significación del adjetivo, a la vez que recuerda el gusto renacentista en los poemas pastoriles.

Montiano con esta *Egloga* vuelve los ojos a los temas, al lenguaje y al estilo de nuestros poetas renacentistas, saltando todo un siglo de creación poética<sup>5</sup>, pero será Garcilaso de la Vega su modelo a seguir, del que no podrá desasirse; sobre todo tiene en cuenta la *Egloga Primera* del toledano; veamos algunos ejemplos que verifiquen esta influencia:

- Utilización de antropónimos iguales: Salicio y Galatea.
- El empleo de premoniciones, aunque temáticamente sean diferentes.
- Calcos como *el dulce lamentarse*.
- La pérdida de la armonía en el universo antes de dejar de amar a su pastora.
- Nombres de ríos conocidos: Tajo.
- Asimilaciones del infinitivo (v. 1032).
- Es significativo el párrafo donde los pastores se declaran a su amada, y contrapesan su aspecto agradable a la belleza de ella. Transcribimos los dos pasajes para apreciar la semejanza:

4. Sobejano, G., *El epíteto en la lírica española*, Madrid, Gredos, 1970<sup>2</sup>.

5. Lázaro Carreter, F., *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid, C.S.I.C., 1949, pp. 222-24.

*Egloga Primera de Garcilaso:*

No soy, pues, bien mirado  
tan disforme ni feo,  
que aun agora me veo  
en esta agua que corre clara y pura,  
y cierto no trocara mi figura  
por ese que de mí s'está reyendo<sup>6</sup>.

*Egloga de Montiano*

Si acaso no me engaña  
más de un arroyo puro y cristalino,  
soi tal (y aún lo miraba esta mañana)  
que según imagino,  
quando no a merecer todo un cuidado  
basto a no deslucir algún agrado.

Finalmente, la *Egloga* de 1747 contiene elementos autobiográficos. Al comenzar el poema Lisardo sitúa su cuita amorosa en una isla que no es su tierra natal (vs. 163-185); es una trasposición de los años que vivió, durante su juventud, en Mallorca, y que dejaron una huella imborrable en su alma. En segundo término, Lisardo, en su peregrinaje, quiere llegar a su ciudad natal, Valladolid expresada al citar el río que recorre toda la villa:

y mientras de Pisuerga la ribera,  
que es dulce patria mía,  
me admite... (vs. 1829-1831).

**Egloga que leyó D. Agustín de Montiano y Luyando en la Real Academia Española el día 5 de Octubre de 1747<sup>7</sup>.**

**Estancia primera**

*Lisardo - Julio*

- Jul.: Aquí, que Manzanares blandamente  
moja el pie de estos árboles umbríos,  
sentémonos, Lisardo, mientras pace  
el ganado, que busca diligente  
la hierva, en que su anhelo satisface. 5
- Lis.: Así pudieran los deseos míos  
tan presto, Julio mío, sosegarse.  
Aun que si estos alegres corderillos  
probasen del amor la tiranía,  
negados a lo que es alimentarse, 10  
no con pasos sencillos  
y mansedumbre suma,  
en la grama su afán se pararía.  
Tal le sucede al Toro quando, ansioso,  
la piel cubierta de su blanca espuma, 15  
busca la Novilleja en monte y valle,  
e impaciente, vagando sin reposo,  
descubre lo que ama,  
ya la pierda o la halle,  
en la inquietud rabiosa con que brama. 20

6. Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*, ed. Elías L. Rivers, Madrid, Castalia, 1969, p. 125.

7. La presente edición, tomada del manuscrito de la Real Academia Española, mantiene la ortografía y moderniza la acentuación y la puntuación.

- El Ruiseñor, también enamorado,  
 publica su cuidado  
 a las sombras y al día  
 con triste melodía; 25  
 y en el árbol, en donde  
 blando nido le esconde  
 la dulce compañía,  
 ya salta, ya se sienta, ya gorgea,  
 indicios del afán en que se emplea..  
 En fin, Julio, hasta un bruto, quando quiere, 30  
 de todo lo que no es amor se olvida.
- Jul.: No lo ignoro, Lisardo; pero es justo  
 que la razón modere  
 con resuelta medida 35  
 los violentos extremos de la queja,  
 como suele también a los del gusto;  
 pues si al impulso del furor se deja,  
 sin pronto advertimiento,  
 tocando en temerario sentimiento, 40  
 la pena desmerece  
 los créditos de fina,  
 quando indiscretamente se padece  
 y en un tenaz ahogo se termina.  
 ¿No te acuerdas que un día, retirando 45  
 tu ganado y el mío hacia la Aldea,  
 de mi pasión los lances escuchando  
 y el ceño de mi amada Galatea,  
 quando de mi dolor enternecido  
 te dejó mi paciencia convencido 50  
 a que no es, no, bageza, que prudente  
 se sepa resistir lo que se siente?
- Lis.: ¡Ay, Julio, que essa rígida templanza  
 tiene tal vez su apoyo en la esperanza!  
 Mas yo que nada espero, 55  
 aun del fin de mi mal destituido;  
 que, ¡ay de mí!, considero  
 sin recurso perdido  
 el bien que firme quiero,  
 ciegamente obstinado 60  
 en doblar, aunque en vano, mi cuidado,  
 cómo, cómo podré ya consolarme,  
 si reúso hasta el medio de templarme.
- Jul.: Ningún rigor se ofrece a nuestra suerte  
 tan bárbaro, tan fiero, tan tirano, 65  
 que, a fuer de ser humano,  
 no tenga su remedio aun sin la muerte.  
 La gran Madre, la pródiga Natura,  
 que nos vio sugetos al veneno  
 de tanto riesgo y daño  
 como el hombre indiscreto se procura, 70  
 puso al entendimiento rico y lleno  
 de triaca eficaz de desengaño,

- como suele la vívora aplicada  
 por mano diligente  
 a lo que infecta con maligno diente, 75  
 ella misma curar de su picada.
- Lis.: ¡Ay, amigo!, que estando embebecida  
 la penetrada herida,  
 sin tino los remedios se desbelan. 80  
 No digo yo que acia su fin infausto  
 precipitados vuelan  
 los míseros alientos  
 de mi funesta vida.  
 No estoí aún de juicio tan exhausto  
 que pondere tan ciego mis tormentos, 85  
 como a algunos zagales les escucho,  
 de los que sienten poco y hablan mucho.  
 Pero también conozco que esta pena,  
 este continuo llanto, 90  
 este sumo quebranto,  
 este huir de tratar con los pastores,  
 y en fin, esta tristeza,  
 mis males han de hacer superiores,  
 que pasarán a ser naturaleza, 95  
 débil assí, quanto ya fue robusta.
- Jul.: ¿Si esse peligro al corazón asusta,  
 para qué no le evitas?
- Lis.: A su fineza el mérito limitas,  
 si crees que el temor me sobresalte. 100  
 No recelo yo, Julio, no, que falte  
 la salud o la vida,  
 que fuera bien perdida  
 por tan noble motivo;  
 siento, sí, que padezca  
 con daño sucesibo, 105  
 por mi inacción causado,  
 sin que alivio a mi suerte le merezca,  
 ni le aguarde por mí solicitado.  
 Y aun que sea interés el que me obliga  
 a llorar el rigor de esta fatiga, 110  
 más quiero confesar sincero el hecho  
 que, con fingido pecho  
 y discurso no sano,  
 mentir, en el estilo cortesano,  
 con el traje falaz de las verdades. 115  
 Estas selvas, amigo, y este prado,  
 testigos de inocentes voluntades,  
 jamás vieron en árboles grabado,  
 o del eco distante repetido,  
 pensamiento esplicado y no sentido. 120
- Jul.: Mil veces he resuelto preguntarte  
 la poderosa causa que te aflige,  
 y otras mil, receloso de enojarte,

- a mi intención curiosa contradige,  
bien como amigo fiel, que huye el agrabio 125  
de examinar lo que cautela el labio.  
Mas ya que de tus males la porfía  
pide pronto socorro, detérmino  
sufra esta nota la pregunta mía.  
Dime, pues, lo que agita tu destino; 130  
se aquietará mi cariñoso anhelo.
- Lis.: Injusto fuera malquistar tu celo  
con mi silencio, ¡o amigo el más seguro!  
Yo expondré de mi angustia las razones,  
si a eso pueden llegar mis expresiones; 135  
y aun que a nuevos pesares me apresuro,  
repetiré las duras aflicciones  
que pródigo un sucesso lastimoso;  
y no extrañes el daño que figuro,  
porque si todos juntos sólo explican 140  
un dolor indistinto, aun que rabioso,  
no este mismo dolor me multiplican,  
sino quando señalo sus rigores,  
que entonces en cada uno se duplican,  
haciendo de un dolor muchos dolores. 145  
Pero antes, por que no se nos alege  
el ganado esparcido,  
y de aquellos Jarales  
las espesuras dege,  
donde acuden tal vez otros zagales, 150  
llámale, Julio, tú, con el chasquido  
de la onda, entre tanto  
que apaciguo el dolor y enjugo el llanto.
- Jul.: Ya acia allí de Barcino, de Melampo,  
el siempre fiel ladrado 155  
avisará, si alguno se desmanda;  
y por aquella vanda,  
tan ávido está el campo  
que no se arrimará cordero alguno.  
Comienza, pues, tu lamentable historia 160  
y disculpa mi ruego de importuno.
- Lis.: ¡O no lo fuera más mi cruel memoria!  
Lejos de esta rívera  
hai una, a quien el mar roza apacible,  
pedazo de una isla, a quien, ufana, 165  
hizo Naturaleza apetecible  
estancia de continua Primavera;  
si ya no es la avitación dorada  
donde Neptuno (no con pompa vana)  
mereció en algún tiempo, reberente, 170  
Naútico templo a su húmido tridente,  
con tanta quilla armada  
como escondía el puerto,

antes que del Océano furioso las ondas escuchasen del Marinero experto	175
ecos, que en otro mundo resonasen. Aquí, pues, viví yo; y aquí, gozoso, conduge muchos años sin cuidado a mi pobre ganado,	180
con tal olvido de mis patrios montes que ni en ayre o lenguaje, en costumbres o trage, me distinguí de los demás Pastores de aquellos horizontes.	185
Era el Archivo yo de sus amores, y como libre estaba, en su pasión tal vez los gobernaba; y tal con rudo numen exprimía su triste pensamiento,	190
o ya para las fiestas componía motes y empresas con que su tormento no menos se explicaba que lucía. Quando al redil amigo se volvía uno y otro rebaño presuroso,	195
su dueño venturoso, con rostro alegre y ánimo sincero, era en mi humilde choza compañero con quien fino y gozoso la noche melancólica engañaba,	200
hasta que el torpe sueño nos llamaba. Por el invierno frío, en ogar aseado, vieras, Julio, sentado mi rústico congreso.	205
De su pastora aquél cuenta el desvío, éste de la estación mide el progreso, uno las brasas cuidadoso arroja, y otro, arrimado más al lento fuego, secar procura su mojada ropa.	210
Vieras también que luego, sin preparar la esplendidez la mesa, sirve mano sencilla, en limpia canastilla, ya la sana vellota o la castaña	215
con que mi gratitud los interesa, no embuelto el don en vanas expresiones, que suelen ser falacea las razones y la mano es no más la que no engaña. En el estío ardiente,	220
del alhagüeño ambiente gozábamos los soplos y, oficioso, procuraba guardarlos con el dulce melón apetitoso, el racimo sabroso;	225

o ya para temprarles  
la sed siempre molesta,  
agua los presentaba  
de una cercana fuente conducida,  
de su cansancio más agradecida 230  
por que tan poco cuesta  
la frescura que en ella se lograba,  
la brebe dilación de ser pedida.  
Y en fin, con todos era  
mi asistencia contada la primera 235  
en el juego, en la caza,  
y en quanto gusto abraza  
el campestre egercicio,  
sin encontrar de su tibieza indicio.  
Voló el tiempo, pensión de ser dichoso, 240  
y, descuidado con el largo uso  
de vivir libremente,  
¡o cuán en vano mi delito acuso!  
En un concurso que festivamente  
juntó del valle las zagalas vellas, 245  
ví una que entre ellas  
así se distinguía  
como suele en el campo, que aterido  
dejó el rigor de la estación más fría,  
el almendro florido; 250  
o, para no agrabiarlas en la parte  
que en mi comparación las pertenece,  
como suele la flor que debe al arte  
más pompa, más carmín, mayor fragancia,  
diferenciarse de otras, cuya infancia, 255  
como no culta, estraña nos parece,  
aun siendo de una igual naturaleza.  
Siguióse al ver, mirar; su gentileza  
llamaba a cada instante a mi cuidado;  
conocíme mudado, 260  
y quíseme apartar del precipicio;  
mas, vacilante el juicio,  
dejaba el corazón azelerarse.  
Volví a repararse,  
ganando la razón lo ya perdido; 265  
pero en esta contienda dudosa,  
no sé si con intento o por descuido,  
reparó en mí Leonisa (que éste era  
el dulce nombre de mi cruel pastora)  
con un dejo apacible, qual si fuera 270  
partícipe tal vez de lo que ignora.  
Entonces, presurosa  
la ya poco segura resistencia,  
se entregó a su pasión con tal violencia  
que dejó al pobre arbitrio, y digo poco, 275  
¡ay Julio mío!, amante, ciego y loco.  
Digéronla mis ojos mi deseo,  
y aun al baylar, estando junto a ella,  
quise darla noticia del trofeo;

pero el afecto mismo, por que pruebe cómo junto temor y atrebimiento,	280
quando con uno el alma incita y muebe, con otro al labio en turbaciones sella idioma que, si entonces le entendiese, más que no mis palabras la adbirdiera;	285
y esto aun quando asintiese dentro del pecho a mi atención parlera, pues no llegando como yo a saberle, pudo notarle, pero no entenderle.	
Íbase el día, y ya se divisaban las sombras en los montes más vecinos; ya alegres las quadrillas se apartaban, y en los varios caminos que a las felices chozas dirigían, solamente se oían	290
ecos, que vagamente resonaban; quando yo, diligente, cabiloso, confuso y silencioso, sigo a Leonisa, sin saber a dónde mi deseo me guía,	295
por más que me la esconde el tropel o la noche, que ya había la distinción de objetos impedido.	300
Al llegar a su albergue suspendido, paré sin leve acción el movimiento, como aquel que, pisando divertido la senda poco hollada, dejó el camino cierto y espacioso, y al volver sobre sí, repara atento	305
que, a costa de aumentarse la distancia y doblar la fatiga, la senda se acabó, no la jornada, que a proseguir se obliga.	310
Quedéme allí, mas fue tan sin reposo, que ni para apartarme de su estancia me ayudó el alvedrío, esperando indeciso, sin que advierta que aun a esperar se me cerró la puerta.	315
Creció en la soledad el desvarío; un pequeño rumor me asusta el pecho; turba una voz mi diligente oído; y como en vano miro, escucho, acecho, quando ya todo con silencio estaba, aun más este silencio me turbaba.	320
Quién pudiera explicarte de mi idea uno y otro alterado pensamiento; mas cómo acertaré, si el labio duda que se iguale la voz con el intento.	325
¿Reparaste tal vez allá en la Aldea, quando alguno se muda, que el primer día que se alojó en su cassa,	330

como no tienen puesto señalado  
 los trastos de que usa  
 y está todo mezclado,  
 si uno quiere, otro encuentra, aquél reusa? 335  
 Pues así es lo que passa  
 quando por inquilino  
 entre amor en el Alma; que, impaciente,  
 como ignora el destino  
 propio de los afectos, aun que siente 340  
 que a un duro afán se entrega,  
 busca el uno, halla el otro, a aquél se niega.  
 Volvíme, en fin, a mi infeliz cabaña  
 y, mal hallado en la quietud del lecho,  
 antes que den indicio en la campaña 345  
 de que comienza el día  
 las libre avecillas con su canto,  
 sin dormir, mal despierto me levanto;  
 y deseando estar sin compañía,  
 para no reprimir llanto o suspiro, 350  
 buscaba el melancólico retiro  
 de un bosque enmarañado,  
 siguiendo, y no guiando mi ganado,  
 quando Anfriso, un ilustre ganadero,  
 como yo en aquel valle forastero, 355  
 íntimo amigo mío y confidente,  
 buscándome venía,  
 como siempre solía;  
 y al ver que le recibo tibiamente,  
 pálido el rostro, el sayo sin aseó, 360  
 la vista baja y todo sostenido  
 del cayado torcido,  
 con cariño impaciente  
 estraña mi mudanza,  
 y saliendo a los labios su deseo, 365  
 pregúntame la causa que me aflige.  
 Creerás, Julio, que pude sin tardanza  
 satisfacer su ruego;  
 pues no fue, Julio, así, que sólo dige:  
 «déjame, Anfriso»; y prosiguieron luego 370  
 mis ojos a explicar lo que ocultaba.  
 Él, que alterado mi pesar miraba,  
 porfía; callo yo; buelve a inquietarse;  
 y al tiempo que, cansado de quejarse  
 de mi amistad, sentido me dejaba, 375  
 arrójome a su cuello sin aliento,  
 y bañándole en lágrimas le pido  
 disculpe de su error a mi tormento,  
 pues enmudece sólo de corrido;  
 que quien libre vivió, y a amar comienza, 380  
 de mirarse vencido se avergüenza.  
 Referíle mi mal, nombréle el dueño  
 que motivó tan repentino estrago;  
 añadí que, cobarde a tal empeño,

resolvía sufrir sin declararme el impulso primero,	385
o, por mejor decir, traidor alhago, abandonando con rigor sebero, sordo al engaño infiel de la esperanza,	
sólo atento a la cruel desconfianza, de que llegase a amarme	390
Leonisa, como aquel que, al simple amago de su tímida idea, quisiera no querer lo que desea.	
Es verdad que tenía este recelo más cuerpo en la evidencia de mi daño;	395
era yo, Julio, extraño; Tirso, su Padre, del País amante; y para acrecentarse mi desvelo, él rico y poderoso,	400
y yo ceñido a un mísero rebaño; que el que sirve constante, rendido, cauto, fiel y respetuoso, siendo pobre, por más que se fatigue,	
merece, Julio, pero no consigue.	405
Malhaya el que primero valuó las voluntades tasando su poder por el dinero; origen fue de trágicas maldades, si el mérito se venga o la fineza	410
de ser precio de una alma la riqueza. Oyó Anfriso mi ahogo y, compasibo, sintió el empleo nuevo de mi vida; calló un rato, suspenso y discursibo;	
y mi pasión, sin duda bien medida de su esperiencia suma	415
me dijo... Mas ya empieza de las nocturnas aves tarda pluma a cruzar por el viento, y repetido nos anuncia la noche su gemido.	420
Vámonos, Julio mío, sin pereza el ocioso ganado recogiendo, pues vala y sólo alguno está paciendo; que si mañana fueres	
a buscarme en la selva más vecina de aquel valle que umbrío y delicioso en la falda del monte se termina, anudaré si quieres,	425
ya que así mi obediencia te aseguro, el hilo de esta historia lastimoso.	430
Jul.: Yo me alegro, Lisardo, que a seguirle te ofrezcas, quando quiero, y lo procuro, no se empeore el mal con referirle; que, según el afecto con que escucho, no será, amigo, mucho;	435
puedas tal vez en algo corregirle, pues templará tu justo sentimiento ver que también tus aflicciones siento.	

### Estancia segunda

Lis.:	Religiosa amistad, sencilla y pura, indisoluble nudo	440
	que atas las almas en unión segura, nada de tu poder extraño o dudo, quando, desecho, miro mi silencio tenaz que, misterioso, sólo dejo romperse del suspiro.	445
	¡O fuerza de un amigo cuidadoso, qué corazón habrá que te resista! ¡O, lo mucho que dista, en la fe con que se ama y corresponde, la igualdad finamente apasionada	450
	de aquel traidor alhago con que esconde la palaciega infiel cortesanía la voluntad dañada! A influxo de una regla tan impía todo en la corte el interés lo rige,	455
	de la lisonja la verdad vencida; y al pecho, a quien aquél menos aflige, la embidia mal nacida suele servir de escolló en que zozobre.	460
	No assí en estos apriscos, donde goza más tranquilo su curso nuestra vida; la Paz se viste con pellico pobre, logrando un templo en cada humilde choza; y en las acciones, el Amor testigo, no es el amigo riesgo de su amigo.	465
	Crédito, Julio, sea de este discurso mío. Yo mis ansias le fío, y él mi alivio desea, mutuamente alternado	470
	el suyo y mi cuidado, siendo en los dos tan uno el sentimiento que aun tal vez se equivoca el instrumento, si no es con atención examinado. Cáusale en mí Leonisa,	475
	y en él es mi dolor quien le precisa; y assí, desde su origen, si se advierte, nuestra amistad iguala nuestra suerte. Mas él es el que viene. Salgo al paso ansioso a recibirle	480
	con cariño no escaso, que bien lo debo a lo que a mí me quiere. Voy luego, por reñirle tan prolija tardanza; aun que su culpa infiere	485
	mi razón, que la engendra la esperanza, graduando los instantes por guarismos amantes.	

- ¿O, Julio, qué has tenido  
que tan tarde has venido, 490  
donde ya te aguardaba  
con afecto impaciente?
- Jul.: ¡Ay, Lisardo! Te juro que contaba  
los minutos por horas; mas estaba 495  
esperando a mi ingrata Galatea,  
por ver si me consiente  
separar tanto engaño de su idea;  
y aun que la pena mía  
no logró la ocasión, por que trahía  
consigo quien mis quejas estorbase, 500  
repetiré el buscarla,  
por si mi mal hallase  
término de obligarla.  
Ese motivo ha sido, que merece  
no de injusto le arguyas; 505  
por que conozco ya se compadece  
tu amistad de mis ansias como tuyas.
- Lis.: Quando ella no lo hiciera,  
por la confrontación en los pesares  
del que sufres el mío se doliera; 510  
que son los infortunios singulares  
principio de una oculta simpatía  
que a veces, aun mejor que las estrellas,  
con interés recíproco aprisiona,  
enlaza y eslabona 515  
querellas a querellas;  
que aun que varíe en todo  
el objeto y acaso el accidente,  
por más que haga la causa diferente,  
en el sentir es uniforme el modo, 520  
y a lo menos el vínculo perfecto  
se descubre en lo intenso del efecto.
- Jul.: Prosigue, pues, con lo que Anfriso dixo,  
que aun que oy no puedo serte tan prolijo,  
por la inquietud de ver a Galatea 525  
(bien que infructuoso el persuadirla sea),  
no faltará ocasión en que escucharte,  
que mi interés me acordará el buscarte.
- Lis.: No te replica mi cariño en nada.  
Comenzó de esta suerte: «Si pudiese 530  
borrar, Lisardo, de tu triste idea  
la imagen que registro tan formada,  
que no lo fuera más si el tiempo hubiese  
todo su diestro pulso exercitado,  
pusiera mi cuidado 535  
mi atención y desvelo  
en conseguir, con obra tan gustosa,  
la quietud de tu vida.

Mas ya que claramente mi recelo  
 ve, no sólo dudosa, 540  
 pero en tan grave herida  
 imposible la cura  
 que sólo reconozco por segura,  
 como el práctico suele con destreza  
 no aplicar específicos al daño, 545  
 sino, con rumbo extraño,  
 corroborar la fiel Naturaleza  
 para que a esfuerzo suyo se consiga  
 el fin de su fatiga,  
 así yo solícito que procures 550  
 seguir la inclinación que te domina.  
 Tal vez sea posible que asegures  
 la mejor medicina,  
 que no es en este mal remoto medio  
 que su dolor fabrique su remedio. 555  
 Si cobarde callares,  
 según de tus extremos congeturo,  
 al continuo rigor de tus pesares,  
 al implacable y duro  
 fatal remordimiento 560  
 de tu mismo afligido pensamiento  
 padecerás la pena  
 a que el mayor conflicto te condena,  
 si hasta burlar tu empleo  
 ni esperanza quedase a tu deseo. 565  
 ¿Pues cómo, en igualdad de contingencia,  
 sin dejar ocasión a la osadía,  
 ejercita tu tímida porfía,  
 aún antes de el estrago, la paciencia?  
 Sufrir cuando el ahogo es infalible 570  
 acredita el coraje de invencible;  
 mas cuando el mal empieza,  
 sufrir por no emprender será vileza.  
 Si la cabra golosa,  
 hollando el precipicio, no trepase 575  
 por peñas escarpadas,  
 imposible sería que rumiase  
 la planta, por difícil, más sabrosa  
 que esconden de los riscos la quebradas.  
 La fruta, que en el árbol manifiesta 580  
 su hermosura, y acaso en la alta rama,  
 no se consigue, no, sobre la grama:  
 cuesta el subir, y aun el peligro cuesta;  
 y si el esfuerzo se repite en vano,  
 a lo menos no es culpa de la mano. 585  
 Cada día registras cómo entrega  
 rústico laborioso  
 el rico grano al surco que lo guarda;  
 y aun que no siempre con fortuna siega,  
 y que otras veces al principio tarda, 590  
 a desmanes del tiempo riguroso,  
 en asomar la deseada espiga,

no por esso mitiga  
su perenne cuidado  
y el disponer, con esperanza nueva, 595  
la dura tierra con el corbo arado  
hasta que muda la inclemencia, y prueba  
que, amontonado el oro,  
rinde a sus troxes pródigo thesoro.  
Mucho te enseña un egemplar tan cierto 600  
si le examinas adecuadamente;  
que en fin, Lisardo, si tu estado advierto,  
hallo que sollicitas imprudente  
(y no podrá la réplica evadirte)  
matarte, por temor de no morirte. 605  
Sirbe a Leonisa, búscala rendido,  
que amor deshace agravios de la suerte.  
Sea Tirso contrario conocido;  
ella tal vez no lo será tan fuerte.  
Suspira, no desistas, que el suspiro 610  
vence las esquivas de un retiro;  
la queja bien sentida  
no menos entornece si es oída;  
lágrimas en los ojos  
principio son de conseguir despojos. 615  
Tus prendas son bastantes  
aun a muchos amantes;  
pocos tus bienes son, pero ya sabes  
que hay para el corazón distintas llaves.  
Esto mi afecto entiende, y mi experiencia; 620  
la razón por mi voz te desengaña.  
No aprendí, no, en los montes esta ciencia,  
en el Liceo, sí, y en la campaña.  
Allí también amé, y a costa mía  
estudié tan fatal philophía; 625  
fatal, pues es preciso  
sea el dolor lección para el aviso».
Assí me aconsejaba  
la discreción de Anfriso; y convencida  
mi timidez, en vano combatida 630  
antes de mi razón, flaca y confusa,  
con mudo sobresalto se alentaba  
a desear lo mismo de que huía.  
No sólo no reusa  
en tal estrecho ya mi fantasía 635  
amar rendidamente,  
pero aun quiere, impaciente,  
volver a ver la causa soberana.  
Era entonces el tiempo en que serena  
la luz y puro el viento 640  
unánimes hacían la mañana  
deliciosa y la selva tan amena,  
con los vivos matices de las flores,  
que dirías, o Julio, que abariento  
no guarda Paphos para digna estancia 645  
de la Madre feliz de los amores  
ni tanta variedad, ni tal fragancia.

Recién vestidas, las flexibles ramas  
 de los robustos troncos verdequeaban. 650  
 En las calientes camas  
 los pájaros gozosos sacudían  
 la descansada pluma,  
 y en los músicos coros que formaban  
 canto no prevenido repetían. 655  
 Mientras, la blanda espuma  
 del mar plácidamente  
 se disuelve en la orilla,  
 con embate que el eco apenas siente,  
 y sale la ligera nabecilla  
 del abrigo del puerto 660  
 a hender el golfo que temía incierto.  
 Por gozar, pues, la jubentud del año,  
 más de un manso rebaño,  
 de candidas zagalas dirigido, 665  
 dexaba, al Alva, su paterno egido;  
 y ellas, con pie trabieso y dulce agrado,  
 tegiendo lazos por el fresco prado,  
 hacia un claro arroyuelo  
 que por floridas juncias caminaba  
 dibertidas venían, 670  
 quando yo, que a favor de mi desvelo  
 cubierto de unas matas acechaba  
 aun la expresión que incautas proferían,  
 viendo que ya Leonisa se acercaba,  
 rompí del labio el congojoso hielo, 675  
 y el alma toda, con la voz unida,  
 así cantó... Escucha por tu vida.  
 Vellíssima pastora,  
 gloria del valle, adoración del soto,  
 que hasta sus troncos con tu culto honora, 680  
 ya penda humilde el voto  
 o inscriba en ellos religiosa mano  
 de su esperanza monumento vano.  
 Escucha a quien amante,  
 rendido y fiel te sirve y te venera, 685  
 desde aquél, para mí, feliz instante  
 en que puse, altanera,  
 a tus pies, como término a su empleo,  
 la aventurosa fe de mi deseo. 690  
 Tal vez desconocido  
 llamará a tu noticia mi lamento,  
 o enojoso a los ceños de tu oído  
 conseguirá mi acento,  
 quando más tu rigor quiera indultarle,  
 que te pares a oírle, no a escucharle. 695  
 Pero aun que en vano aspiren  
 a vencer tu atención mis expresiones,  
 resuelto determino que conspiren  
 sus humildes razones  
 a labrar a los riesgos de su daño 700  
 si no efugio, a lo menos desengaño.

No desdeñes que sea en estos campos pobre y extranjero, que en otros por ventura lisongea a más de un ganadero	705
con mi antigua cabaña la adherencia, aún venerada en medio de mi ausencia. No blasono riqueza ni tampoco mendigo mi sustento; mi patria sabe, puedo sin vageza vivir; y que contento gozaría (mejor si tú lo viesses) pingüe fruto de vides y de mieses. Si acaso no me engaña	710
más de un arroyo puro y cristalino, soi tal (y aún lo miraba esta mañana) que, según imagino, quando no a merecer todo un cuidado, basto a no deslucir algún agrado.	715
Mi pasión es tan fina	720
que sólo en ella el mérito no cedo. El alma que despótica domina bien ofrecerte puedo, feliz si ya que Amor no la premiase, tu esquivez sus afectos perdonase.	725
Con esta acción piadosa, si acaso alcanzo que mi ruego atiendas, mi voz entonces cantará gozosa tu peregrinas prendas.	730
Dará la fama, aun a tan brebes sumas, parleras lenguas y veloces plumas. El apacible viento no bajará jamás de la alta sierra sin que llebe consigo el dulce accento que mi dolor destierra.	735
Oyrá tu nombre el monte allá en sus huecos, y el valle y selva volverán los ecos. Feliz mi albergue pobre burlará al Noto la rebelde saña, ya cruja el pino o titubee el robre	740
en la opuesta montaña; ni, en la estación ardiente, el Can rabioso turbará de sus dueños el reposo. Aun que no te merezca, igualmente por solo que por mío,	745
como a tus ojos digno les parezca, su distinción confío; que él passará, ¡o Amor, lo que avilitas!, de solo a singular si tú le abitas.	750
Nunca escaso se mira de dulce leche y de reciente queso; colgada fruta suave olor respira; y el cabrito trabieso, sin ver la clara luz alimentado, ocupa limpia mesa sazonado.	755

Con onda, lazo o liga,  
 el conejo, perdiz y pajarillo  
 son útil diversión de mi fatiga.  
 Trabajo más sencillo  
 sigo a veces, buscando al pecezuelo 760  
 enrredado a la nasa o el anzuelo.  
 Todo a tu arbitrio fuera  
 postrada ofrenda de un respeto amante,  
 si aún aora mi susto no leyera  
 tu enojo en tu semblante. 765  
 Quiere y verás, te jura rendimiento  
 aun la libre extensión del pensamiento.  
 Sí, Leonisa, recibe  
 con agrado verdad tan generosa,  
 que mi pecho, que ufano la concibe 770  
 con intención honrosa,  
 emuló firme de la llama en que ardo,  
 probará que jamás mintió Lisardo.  
 Esto, amigo, sentí, y esto espresaba;  
 y mientras por el césped floreciente 775  
 de la orilla, atendían,  
 bien que con paso incierto,  
 a quien tan tiernamente se quexaba,  
 yo cuidadosamente  
 de mi Leonisa advierto 780  
 que en las blancas megillas se vertían  
 tivias inundaciones;  
 y arrebatado en dulces suspensiones,  
 a ver la perfección de sus enojos,  
 el corazón se me asomó a los ojos. 785  
 Las demás compañeras  
 con risa misteriosa  
 la cercan y festejan placenteras.  
 Ella, con espresión nada dudosa,  
 quiere negar ayrada 790  
 la que suponen fiel correspondencia,  
 y en lo inquieta y turbada  
 su malicia adelanta una evidencia.  
 Fuéronse, pues, siguiendo su disputa;  
 y quando ya, distante, no la oía, 795  
 quedé... Tú, Julio mío, lo reputa,  
 si alguna vez perplejo has aguardado  
 la admisión o desprecio a tu osadía.  
 Pero no duró mucho mi cuidado,  
 que aquella noche me contó Marfisa, 800  
 estrecha confidente de Leonisa,  
 quanto a mis versos sucedió en el Prado;  
 y aún más que ponderó su confianza  
 para alentar mi tímida esperanza.  
 Díjome que celase 805  
 mi pasión de manera  
 que nadie penetrase  
 cuál el objeto era;

que, para deslumbrar las que escucharon mi expresivo lamento, no faltaría modo	810
con que vorrar las voces que notaron, hasta hacerlas creer que llevó el viento aun de sus ecos el impulso todo.	
Añadió previniése	815
que, aun que fino y rendido a Leonisa sirviese, nunca sería con piedad oído si de su genio a convencer lo ingrato no armaba mi razón con mi recato;	820
por que el ser yo atendido con menos repugnancia de la que, siempre altiva, mantubo por dictamen preferido como timbre tal vez de su jactancia,	825
no era seguridad de que cautiba, si su favor mi triunfo publicase, hacia el perdón el ánimo doblase. ¡O Julio mío, y cuánta alteración gustosa	830
introdujo en mi pecho cláusula para mí tan venturosa! Parecíame ya ver que quebrantaba de su esquivéz el ídolo, y que luego, con débil o fingida resistencia,	835
para más gloria de que está desecho, del Amor en presencia, sobre las asquas del benigno fuego, los dos con prontos brazos cebábamos la llama en sus pedazos.	840
Engaño fue de mi ligera idea, pues el temor de mi voluble suerte debiera contener mi pensamiento, por que no es, Julio, no, si bien se advierte, feliz el que llegó donde desea,	845
sino es aquel que con tranquilo asiento y continuada próspera evidencia goza un bien que tiene contingencia. Assí, no es propiamente desdichado quien no logró lo que buscaba ansioso, sino aquel que después de haver logrado pasó a ser infeliz desde dichoso.	850
Concepto que, si entonces la cordura le huviera adelantado, no tan triste mi presente congoja lloraría	855
la pérdida fatal de su hermosura, que tan en vano mi razón resiste; por que si una aprensión de mi alegría fue el móvil, descubierta también mi pena juzgaría incierta.	860

- Jul.: Suspende por aora,  
Lisardo mío, el trágico suceso,  
que el impaciente esceso  
de mi pasión me acuerda mi Pastora,  
mi Galatea, si es acaso mía 865  
quien tanto se desvía  
de aquel primer amor que estrechamente  
ató mi corazón a su destino.  
Un tiempo dulcemente  
en que yo, más dichoso, no más fino, 870  
merecí sus favores,  
como mía la amaba,  
pasóse ya. Vinieron sus rigores,  
y encuentro tan esclaba  
mi voluntad a su desdén sebero 875  
que, quanto más me ofende, más la quiero.  
Este lazo me lleba  
a hacer un nuevo examen de sus iras,  
que aun que mi inútil prueba  
tenga un fin semejante al que suspiras, 880  
si consiguiere verla,  
gloria sea, que no podré perderla.
- Lis.: Si mi mal admitiese  
la dulce pena de sentir mirando,  
por intensa que fuesse, 885  
oyeras, Julio, con accento blando  
salir el alma en el postrer accento,  
sin turbar su armonía  
el postrer sentimiento. 890  
Pero en mi suerte impía  
padezco, sin que sepa la que adoro  
que aun olvidado y aun ausente lloro.  
No te detengas; búscame en la Fuente  
del Pino quando quieras  
que el triste resto de mis ansias cuente. 895  
Son allí a mi ganado placenteras  
las siestas, con el soplo delicioso  
que del nebado Guadarrama sale.  
Allí el ruido del agua bullicioso,  
antes que a Manzanares acaudale 900  
su perenne tributo,  
hace al vecino césped más enjuto  
transportín agradable donde mullen  
zéfiro voladores,  
juncos, hiervas y flores 905  
que al suabe impulso bullen.  
Allí te aguardaré. Feliz te emplea  
en convencer tu esquivá Galatea.  
A Dios, mi Julio, a Dios; no seas tardo.
- Jul.: Ya pronto te obedezco. A Dios, Lisardo. 910

### Estancia Tercera

Jul.:	¡Qué tranquila que ofrece la soledad a la inquietud de un triste ocasión de quejarse, que no es pequeña dicha en quien padece!	
	Testigo mudo, a su dolor asiste, sin que interrumpa el dulce lamentarse; no como entre el bullicio impertinente donde, por uno que piadoso lucha con el ageno mal, risueñamente	915
	la multitud tirana los escucha. Aquí sí que, ignorado del odio o de la envidia macilenta, puede mi fiel cuidado gemir sin que le acechen.	920
	Aquí no le amedrenta el ceño ingrato, pero siempre hermoso; ni tampoco recela le coechen favores, estrangeros a su oído. Bríndame, sí, al reposo, quanto hace este retiro apetecido;	925
	y como sólo atiendo al murmullo del agua que, corriendo por entre limpias guijas acompaña al susurro que forma el manso viento en los copudos árboles que halaga;	930
	o bien entre las ojas, ciento a ciento, para hechizo mayor de la campaña, las simples avecillas a porfía, de su cadencia vaga	935
	la confusa armonía alternan, sin huir plomo villano; todo, sea favor o engaño sea, me convida a pensar en Galatea. Su rostro soberano, peligro de las almas y las vidas,	940
	me parecè que miro fulminando rigores inclementes, iras apetecidas contra un pecho que alienta suspirando, que tolera rendido,	945
	haciendo vanidad de ser vencido. Y tú, Deydad mentida, Dios tirano, Numen injusto, Ydolo inhumano; tú, Amor, pues tú lo escuchas, lo consienta.	950
	¡Qué puntual la memoria me acuerda los axcensos de mi gloria! Mas, ¡ay!, que renobando llanto y susto, también me representa la funesta caída de mi gusto.	955

¿Si estará con su queja tan contenta que burlará la mía?	960
¿Si hará, desapiadada, su injusta tiranía inútiles mis ruegos?	
¿Si negará, obstinada, hasta su vista a mis afectos ciegos?	965
¿Quién dudará que todo lo egecute y que la culpa impute a mi olvido o mudanza?;	
pues si, de las sospechas asistida, sólo el error o el menosprecio alcanza, lugar de conclusión mal resistida, mientras dure en su concepto ilusa ni me valdrá el cariño ni la excusa.	970
Pero por más que fiera te esquibes, o Pastora, a mis lamentos, ya que el alma presente considera tu imagen, y que logran sus accents el fingido consuelo de argüirte,	975
mientras Lisardo llega (que distante no estará ya, según lo ha prometido), oirás de mi pasión noble y constante, en sentidas razones,	980
quánto es capaz su enojo de decirte, que no llegará a agravio conocido por que está el corazón de impulso falto, y el labio de expresiones,	985
si a tu obsequio no miran; y aún éste a de costarle un sobresalto, según ya los temores me lo inspiran.	990
Prestarán los albuges su dulzura de mi voz a la triste desventura; y estas selvas, que un tiempo me escuchaban, sentirán lo que entonces me envidiaban.	
Contra ti, peregrina zagaleja, no confiado ya como solía, desata el pecho la amorosa queja, despique lebe de la ofensa mía.	995
No la tuya, por eso, me aconseja de mi atención la justa cobardía, que aun teme que hagas el rigor empeño, por que no venza mi razón tu ceño.	1.000
Acordaréte, sí, quando el ganado, desde el primer albor de la mañana, le uníamos alegres y, abrevado, discurría a su arvitrio en la campaña, en tanto que los dos, dejando el Prado, por redimirnos de la estiba saña buscábamos, con plácida costumbre, la fresca falda de frondosa cumbre.	1.005
	1.010

Allí, sobre las matas que bañaba arroyuelo del monte desprendido, dévil junco con liga embarazada a más de un pajarillo inadvertido, verde red otras veces atajaba	1.015
y yo a tus pies rendía diligente del malicioso ardid triunfo inocente. Del Álamo más alto, que domina la vegetable población del soto,	1.020
a mi traviesa planta se destina el más distante o ignorado coto. El nido, que en la copa se avecina, su firme apoyo desgajado o roto,	1.025
despojo fue de mi trabiesa mano, y después de tu arbitrio soberano. No olvidaré tampoco el tiempo en que era obligado el cobarde gazapillo	1.030
a que busque veloz la madriguera y entregue el cuello a lazo no sencillo.	1.035
¡O, nunca esta fatiga se me huiera, y durase el hacello, no el decillo! Quanto silvestre Dios desde algún tronco llorara fino, gemiría ronco.	1.035
¡Pues qué, si mientras dabas al reposo el delicado cuerpo, recostada sobre el cálido brazo, ardía hermoso el carmín en megilla delicada,	1.040
y yo a tu lado, quieto y silencioso, gozé vista tan dulce y anhelada! Amor entonces, por mirarte, ufano depuso con la venda lo tirano.	1.045
Vosotras, aguas de esta fuente pura, que vais a Manzanares, desde donde corréis con el Tajo, mientras dura su nombre claro, hasta que el mar le esconde,	1.050
ya que unión tan antigua me asegura que a vuestro trato su favor responde, preguntadle si acaso en su ribera no fue mi dicha en todo la primera.	1.055
En uno y otro margen, yo confío que aún cantarán, con labios placenteros, felices lauros del afecto mío no menos los Pastores que Barqueros.	1.055
Del alto monte al valle más sombrío no ignorarán frecuentes pasajeros lo mucho que debiste a mi memoria, que aún se acuerda la embidia de mi historia.	1.060
Sólo tú, Galatea, ya cortaste de comercio tan fino el nudo estrecho, y con ingrato paso abandonaste de tu mísero Julio el triste pecho.	1.060

Mas no imagines, no, que lo lograste de parte suya, pues verás desecho antes el común orden, y que agrade, que corra el Pez y el Jabalí nade.	1.065
Primero a la montaña cabernosa subirá, contra el curso que le guía, de este arroyuelo la corriente undosa, o faltará la luz al medio día.	1.070
Primero en la tiniebla silenciosa renovarán las aves su armonía. Primero, en fin, que falte a Galatea, vivirá sin afán el que desea.	1.075
Nací para quererte, y mi fineza, no sé si a influxo de celeste lumbre, a la dicha de ser naturaleza añade nueva causa a la costumbre.	1.080
No conoce mi ardor de la tibieza la villana, enojosa pesadumbre; ni crece merecer, aun quando temo, por que supo empezar por el extremo.	1.085
La poderosa lima de la ausencia ni un eslabón gastó de mis prisiones ni en la constante fe de mi paciencia lograron un desliz tus sinrazones.	1.090
Más fino que me viste en tu presencia te adoraron mis puras oblaciones, y en mi feliz humilde rendimiento ni aún osó delinquir el pensamiento.	1.095
Bien sé que algún cuidado malicioso te supuso mi olvido o ligereza, y que al aviso injusto y engañoso asintió voluntaria tu velleza.	1.100
Plegue al cielo que nunca venturoso vuelva a ser, (o Pastora) en tu fineza, si te falté jamás; pues él lo sabe, él, si te miento, mi esperanza acabe.	1.105
Volvamos, pues, a aquel gozar tranquilo de nuestras almas tiernamente unidas. Mientras indulta la tigera el hilo, no como dos se cuentan nuestras vidas; halle el veloz, inexorable filo las ebras entre sí tan bien tegidas que un solo golpe que la Parca egerza las corte, pues no es fácil las destuerza.	1.110
Mas si al vínculo afable te negares, rebelde a la razón que te persuado, vive tú, vive, y sean los pesares el término fatal de mi cuidado.	1.115
Sólo pido que el día que escuchares que murió Julio, triste y desdichado, no dudes, aun que paga inútil sea, que murió idolatrando a Galatea.	

- Lis.: Cese ya, cese el lagrimoso canto, 1.115  
 cese el acorde llanto  
 y no pródigo, Julio, de tu vida,  
 lástima das aun a las duras peñas  
 en cuyos ecos vaga dolorida  
 tu penetrante voz, de que da señas 1.120  
 Ninfa que en ellos misera se esconde  
 y, tiernamente, a tu gemir responde.  
 Desde este montecillo te escuchaba,  
 creyendo que la queja te aliviase;  
 pero, viendo la agraba 1.125  
 más que dilates sus funestas voces,  
 por que el continuo sollozar cesase,  
 como viste, con pasos tan veloces  
 bagé, que pudo mi feliz desvelo  
 llegar sin dilación, con ser consuelo. 1.130
- Jul.: No presumas, Lisardo, que minora  
 el silencio la rabia que me ofende.  
 Dentro del pecho, a donde siempre mora,  
 la reflexión la enciende 1.135  
 del mismo modo que subiendo al labio.  
 Jamás cesa mi agravio  
 de afligir mi memoria,  
 por que jamás de su beldad me olvido,  
 ni de aquella victoria 1.140  
 en que triunfó mi amor con ser vencido.
- Lis.: Tú, Julio, me decías,  
 quando escuchabas las angustias mías,  
 que no hay mal que no deba  
 remedio a la razón, si ella le prueba.  
 Torna el consejo aora. 1.145
- Jul.: No es mi razón, amigo, quien lo ignora.  
 Mi pasión solamente lo resiste,  
 que si ha de hablarte la verdad su idioma,  
 en estos accidentes 1.150  
 se da el consejo, pero no se toma.
- Lis.: ¿Luego, tú te rendiste  
 a los últimos riesgos inclementes  
 de amar la ingrata que tu ofensa quiere?
- Jul.: Yo te confieso que el dolor desea  
 (¡quán gozosa el alma lo prefiere!) 1.155  
 durar, mientras le cause Galatea.
- Lis.: En tan idalga, generosa lucha,  
 sólo a la mía iguala tu fineza.
- Jul.: Pues si mi amor te escucha  
 que le imitas, no culpes su tristeza, 1.160  
 quando eres egemplar al sentimiento.  
 Y ya es infructuoso  
 disputar en las penas que sufrimos.

- Continúa el sucesos de Leonisa,  
 que me tiene curioso  
 ver cómo nos unimos  
 en el fin sin ventura. 1.165
- Lis.: Por que no esté indecisa  
 tu atención, le prosigo,  
 cueste o no a mi pesar mayor ternura,  
 que hago al cielo testigo 1.170  
 de que, a no ser a ti, ni suspirara  
 de temor, que aun el viento lo escuchara;  
 que si me agravia su veldad, más quiero  
 pensar callando que gemir grosero. 1.175  
 Débame este silencio ya que un día  
 le rompió torpe la desdicha mía.  
 Apenas, pues, miré como posible  
 mi amor recién nacido,  
 quando la sed del pecho inextinguible 1.180  
 cebé a su vista, tanto más rendido  
 quanto encontré sereno  
 a mis ojos el plácido veneno.  
 Jamás del Alva la rosada huella,  
 entre visos y albores, 1.185  
 de Venus descubrió la clara estrella  
 sin que yo no estuviese,  
 al primero bostezo de las flores,  
 donde a Leonisa viesse, 1.190  
 al tiempo de salir de su cabaña,  
 más que las flores y que el Alva hermosa.  
 Seguíala después en la campaña,  
 haciendo acaso el ansia de servirla  
 la fe de mi obediencia escrupulosa;  
 y aun que passaron meses sin decirla, 1.195  
 con espacio, mi afecto fervoroso,  
 y sólo a veces con partida frase  
 conseguí que mis ansias escuchase,  
 algún agrado, bien que receloso,  
 trabeseando en sus ojos me alentaba, 1.200  
 y aquel silencio por feliz contaba.  
 Una tarde, a la ora en que el ganado  
 busca la sombra donde mansamente  
 penetra el aura suave y deliciosa,  
 y dejando de pacer yace cansado 1.205  
 sobre la tierra herbosa,  
 yo, que también llamaba diligente  
 con la quietud al sueño,  
 en el punto que empieza  
 a esparcir su veleño 1.210  
 en las acciones, torpe, la pereza,  
 siento un rumor, y el corazón me avisa  
 en lugar del oído.  
 Los agrabados párpados despliego,  
 y casi junto a mí veo a Leonisa. 1.215

Creo que estoy dormido;  
 desengañeme; y quando a hablarla llego,  
 como también me recibió turbada,  
 la dije mucho en no decirla nada.

No corto tiempo se pasó callando 1.220  
 sin que uno u otro la expresión cobrase  
 hasta que, los espíritus pausando,  
 la rogué que benigna se sentase  
 a escucharme lo mismo que sabía.

Tarea peculiar de los amantes, 1.225  
 repetir lo que ya llenó oficioso  
 y ocupó, con recíproca porfía,  
 los mejores instantes  
 en que ya se esplaya el corazón gozoso,  
 que a no volverse a la expresión primera, 1.230  
 más de una vez el labio enmudeciera.

Oyóme, Julio, no te digo fina  
 que es por razón forzosa  
 en la Muger que oírnos determina  
 oír y agradecer todo una cosa; 1.235  
 pues vencido el rubor, hasta inclinarse,  
 no tiene ya el desdén en que apoyarse.

Tampoco te diré lo que amorosa  
 me respondió: archívalo el secreto  
 de una justa atención que, cortesana, 1.240  
 conserba a su decoro este respeto;  
 que aun que publique su afición el labio,  
 voz que sus expresiones no profana  
 no la juzga ya el uso por agravio,  
 y en fin, son los arcanos en que entienden 1.245  
 los que con mutua fe se corresponden  
 tan estraños que públicos ofenden  
 tanto como se eleban si se esconden.

Sólo confesaré que, blandamente  
 volando entonces el alado niño 1.250  
 entre nosotros dos, con nueva flecha  
 rasgó –sin duda, repetidamente–  
 de nuestros corazones las heridas,  
 para que más capaces al cariño  
 se comuniquen, por cursada brecha, 1.255  
 las almas, ya sin embarazo unidas,  
 acreditando los benignos tiros  
 el eco que formaban los suspiros.

Noté entonces (tal vez sería acaso,  
 aun que el suceso mío lo desmienta) 1.260  
 que con afable paso  
 cándida Palomilla acompañaba,  
 de su elección contenta,  
 a su Galán, que, airoso,  
 con lascibos arrullos la pagaba. 1.265  
 Ella el cuello lustroso  
 cuidadosa y amante le pulía;  
 la blanca pluma él, tornasolada,  
 con alegre esperezo sacudía;

y en fin, el uno al otro tanto agrada que los dos, con no oídos <i>ay de míes</i> , los dos picos juntaron carmesíes.	1.270
Envidia de otras aves, disfrutaban la ferborosa unión que te dibujo, quando, con pronto vuelo,	1.275
con acción impaciente, otro Palomo, al ver lo que gozaban y que sin duda siente, nuebo Rival se presentó en el duelo, y aun que tosco y sin ayre, la condujo	1.280
no sé qué oferta que, feliz padrino, afianzó el empeño a su destino. Con el pico ocupado, sobervio y presuntuoso, la enamora,	1.285
y aun que, al primer escarce desayrado, quanto es favor ignora, porfió como necio, y al presentar con el regalo el pico, como dejó sin fuerzas al desprecio,	1.290
consiguió como rico. El otro, que ya en vano solicita que el alago repita, antes que el prado sea tálamo a su enemigo,	1.295
buela de tronco en tronco, mal hallado con su infeliz estado. Ya mira, ya se oculta, ya rodea, y, ya resuelto, por no ser testigo del presuroso agrado	1.300
con que los dos se rondan y se buscan, cede, en fin, a los celos que le ofuscan. Rápidamente la campaña deja, y a nunca más volver de allí se aleja. Esto miraba yo, pero tan ciego con el bien que creí que me burlaba	1.305
de que fuese amenaza a mi sosiego. ¡Ay, cómo me engañabal, que rara vez las dichas no se rotan con el pesar que en su apariencia envotan, siendo a quien no las teme tan fatales,	1.310
que a espaldas de los bienes van sus males. Acuérdome que un día en la arena escribía mi nombre, y que, llorosa, añadió que en su pecho enamorado	1.315
le escondía grabado. Mas quando esto afirmaba, cariñosa, lo escrito borró el mar, llevó el viento su delicado accento, prueba y anuncio de que nunca alcanza duración la firmeza o la esperanza.	1.320

- Serví, en fin, y adoré correspondido,  
con gusto tan perfecto  
quanto supo, entendido,  
guardar Amor las leyes de secreto. 1.325  
En lo más escondido  
del Bosque nos buscábamos amantes,  
¡o, mi Julio, y qué instantes  
tubo allí mi fortuna!  
No la Corneja infausta e importuna 1.330  
con agorero canto  
turbó nuestro dulcísimo embeleso,  
o a lo menos, suspenso en logro tanto,  
que no la oí confieso,  
como dichoso que ni atiende o mira 1.335  
más objeto que aquel por quien suspira.  
Quando algún accidente  
su trato me impedía,  
Marfisa, nuestra noble confidente,  
la inquietud de mi anhelo socorría; 1.340  
y en las amigas sombras, los umbrales  
del respetado albergue me escuchaban,  
entre ansias desiguales,  
más de un sollozo tiernamente fino.  
Ya también, mientras daban 1.345  
al primer esperezo matutino  
noticias de la luz los altos montes,  
distinguiéndose a penas  
en tierra y mar distantes orizontes,  
las blancas Azucenas, 1.350  
aún no enjutas del llanto del Aurora,  
la escondida violeta,  
aquella entre las flores más señora;  
la Rosa digo; el Mirto, la Mosqueta,  
y otras, también fragantes, 1.355  
cogía, Julio, y luego, primorosas,  
sin embidiar las perlas y diamantes  
—piedras, en fin, con nombre de preciosas—,  
en el adorno de Leonisa fueron,  
como suyas, más bellas que nacieron. 1.360  
Assí vivía quando...
- Jul.: No prosigas,  
que nos busca Menalcas, según veo,  
que hacia aquí se encamina,  
y corre quanto digas,  
por más que simulado lo refieras, 1.365  
el riesgo de que Alcina  
lo sepa y Melibeo;  
por que nunca llamó su fácil trato,  
hijo de las costumbres lisongeras,  
lo que escuchó al amigo. 1.370  
Por eso me recato  
de su comercio falso y enemigo;

- que aun que no es una culpa haver amado,  
como se mezclan ierros y finezas,  
nadie gusta de verse censurado. 1.375
- Lis.: ¡Qué bien lo piensas, Julio! Las flaquezas  
a que induce el cariño  
parece lo que son, por más que quiera  
cubrirlas el engaño  
de nuestras sutilezas. 1.380  
El juicioso, el extraño,  
su frágil estravío considera,  
sin que las valga el aparente aliño,  
y al aplaudir la que creí ventura,  
se ríe interiormente la cordura. 1.385  
Y si es, como Menalcas, lisongero,  
en todo pone el malicioso diente,  
no cauto sino dando placentero  
materia a la pasión del maldiciente.
- Jul.: Con acierto, Lisardo, has discurrido. 1.390  
Mudemos, pues, de estilo; no sospeche  
que hay que callar a su vicioso oído;  
o vamos al encuentro, no lo aceche.
- Lis.: En esto eres, mi Julio, prevenido. 1.395  
Contigo mi fortuna se sosiega.  
Por eso te amo y...
- Jul.: Calla, que llega.

#### Estancia cuarta

- Lis.: Bien se conoce, Julio, que madruga  
más que el Alva un cuidado.  
¿Aún no la noche el ceño desarruga,  
y ya al monte caminas desvelado? 1.400
- Jul.: Sí, Lisardo, más creo  
que habré de reprimir a mi deseo;  
que el temporal parece que, inclemente,  
inundando con furia la campaña,  
ni al Pastor más robusto le consiente  
que deje la cabaña. 1.405
- Lis.: Mientras durare, pues, impetuosa  
la lluvia con que empieza obscureciendo  
el día, ya que fue tan venturosa  
mi choza que defensa tuya ha sido, 1.410  
muébanse o no las nubes impelidas,  
que aquí no serán interrumpidas  
de mi antiguo infortunio las razones,  
tantas veces con lástima advertidas,  
y nunca hasta su extremo declaradas. 1.415  
Si gustas, tendrán fin sus espresiones,  
que molestan a fuer de dilatadas,  
y yo, Julio, no intento  
apurar tu atención y sufrimiento.

- Jul.: Jamás me cansaría de escucharlas, 1.420  
siendo, Lisardo, tú quien las refiere  
con tal ternura y natural estilo;  
pero miro distante el moderarlas,  
con sólo oír su sinrazón tranquilo.
- La pena así a mi gusto se prefiere, 1.425  
pidiéndome el afecto de justicia  
que perdone lo estenso a la noticia.  
Recoge, pues, quanto hace a la importancia  
de lo que resta al caso lastimero;  
no espire con la voz la tolerancia; 1.430  
que el cortador acero,  
infausto al uso aun de la diestra mano,  
mejor está en la vaina; pues si dura  
el riesgo, por que dura el soberano  
influxo que le rige, 1.435  
también, como suspenso, se asegura  
en quanto algún arbitrio le corrige.
- Lis.: Tu dictamen apruebo,  
que bien conozco que seguirle debo. 1.440  
Quedamos, pues, en el feliz estado  
de mi amor, que vivía  
desvanecido como confiado.  
Ponderábate yo que, en mi alegría,  
ni aún sospeché un amago de disgusto, 1.445  
dichoso hasta en amar sin competencia.  
Que un Rival, aun que no correspondido,  
no causa celos, pero causa susto;  
y es, con tal evidencia,  
que el que logra y posee más querido, 1.450  
buelve al remo fatal de la esperanza,  
condenado al temor de una mudanza.  
Pensión cruel del hombre, no contarse  
por feliz mientras pueda señalarse  
el último guarismo de la muerte. 1.455  
Así me sucedió, pues, descubierta  
del acaso o la envidia nuestra suerte,  
más de una osada voluntad concierta  
perturbar mi sosiego.  
Viérasme, Julio, luego, 1.460  
de amarillez cubierto y de tristeza,  
buscar en vano por la selva amiga  
ocasión de quejarme.  
Varío dudar de la mayor fineza;  
en la noche más quieta desvelarme; 1.465  
y, para más aumento a mi fatiga,  
oír y ver, con fina competencia  
voces amantes, lágrimas rendidas.  
En tanta poderosa concurrencia  
de pretensiones por mi mal unidas, 1.470  
la del toscó Salicio solamente  
mobió más guerra a mi confuso pecho;

por rico, por pariente de mi Leonisa hermosa, por necio, en fin, que siempre el dulce lecho de un mérito especial goza, injusto,	1.475
el torpe anhelo de un villano gusto. ¡O violencia de amor, o ley infame impuesta a la infeliz naturaleza! ¿Jamás ha de faltar quien, ofendido, en su razón contra el insulto clame?	1.480
¿Jamás digna fineza ha de verse sin ceño o sin olvido? ¡O, falaz hermosura, de nuestros males pérfido instrumento!	1.485
¿Siempre ha de ser tu condición perjura? ¿Siempre sin duración tu valimiento? ¡O, ciega, alebe Diosa, sólo constante en tu fatal mudanza!	1.490
¿No has de tener acción sin causa odiosa? ¿No has de obrar sin huir de la esperanza? Mas ¡ay!, ¿por qué mi voz gime importuna, si nunca ha de lograrse que puedan hermanarse el mérito, el amor, beldad, fortuna?	1.495
No duró, Julio, no, la incertidumbre del daño que a mis glorias amagaba; bien como suele en la empinada cumbre lebantarse vapor que, estrecho, agraba sólo la corta cima, delicia más que susto de los ojos,	1.500
y, a poco espacio denso se derrama, al incauto Pastor causando grima, quando, resuelto, en rápidos despojos, no deja firme rama	1.505
ni antiguo tronco sin probar su ruina; ya, en la región primera, los condense el calor que opugna el frío o ya fuente, a su origen aún vecina, acreciente el arroyo, de manera que corra al mar como enojado río.	1.510
Esto me acaeció pues, Tirso, luego, con la codicia que la edad engendra, preparó diligente el casto fuego de la Nupcial Antorcha; por que prende recíproca la llama que reusa	1.515
lucir contra la fe que me debía. Ya del alago y ya del rigor usa (a lo menos, así me lo dixeron los que mi llanto y su mudanza vieron)	1.520
hasta que, dilatando la porfía y cumpliéndose el plazo de las Bodas, executó Leonisa lo que todas.	

<p>           Quién la huviessse escuchado,            la víspera del día señalado            al trájico Himeneo, prometerme            fervores y firmezas,            nunca creyera que pudiera hacerme            ni un agravio su olvido o su fineza.            Mas ¿qué muger, quando el engaño traza,            no destruye, qual hiedra, lo que abraza?            Razón tengo, Leonisa; no me arguyas            con la obediencia de las ansias tuyas.            ¿Lágrimas viertes al romper mis lazos            y las enjugas en agenos brazos?            ¿Un precepto te muebe,            y tan poco mi súplica te debe?            ¡Ay!, que no era tu pecho como el mío,            pues fue dócil a otro su albedrío.            Perdíla, en fin, con riesgo de mi vida;            que la salud, rendida            al desorden del ánimo, me puso            en los últimos trazos del aliento.            No aquí el notar escuso            cuánto fue general el sentimiento            de los que antes contrarios ofendían;            y es que ya no atendían            la dicha que envidiaban,            sino el extremo mal que no esperaban.            Vicio del hombre con moberse, fiero,            contra el bien que otro goza,            y a lo piadoso trascender, ligero            quando ve que perdido lo solloza.            No me consistió el Hado que acabase            de una vez con mi pena,            ni que, entero, el alivio moderase            el peso a la cadena.            Antes, obrando lento,            me dejaba salir, bien que oprimido,            a buscar en la selva esparcimiento            que hiciera mi dolor menos sentido;            si puede en él fixar alguna pausa            remedio que no ofrece quien le causa.            Un día que miraba, recostado            sobre una peña el mar, que proceloso            rompía en las blanduras de la arena            su orgullo desvocado,            ví venir a Leonisa con su esposo,            dulcemente serena,            fiándole la mano            de quien un tiempo me creía dueño.            ¡Quál fue entonces, o Julio, el inhumano            furor de mis pasiones!            ¡Quál de mi estrella el insufrible ceño!            ¡Quál, Julio, el triste asombro de mi vida!            ¡Quáles de mi valor las turbaciones!            ¡Quál de mi rabia envidiosa herida!         </p>	<p>1.525</p> <p>1.530</p> <p>1.535</p> <p>1.540</p> <p>1.545</p> <p>1.550</p> <p>1.555</p> <p>1.560</p> <p>1.565</p> <p>1.570</p> <p>1.575</p>
--	--

No lo diré, que a mi quebrado aliento faltan las voces, falta el sufrimiento; pues, aún oy, la memoria de este día renueva el pasmo a la congoja mía.	1.580
Pasaron junto a mí, mas a mirarme no volvió la enemiga. Alebe y torpe, sí, por ultrajarme, con ternuras y alagos lisongea su venturoso amante,	1.585
que bien conoce quanto assí le obliga, despreciando que yo lo note o vea, por que más triunfo su fortuna cante. Índigno sacrificio si olvidase, y no menos indigno si me amase;	1.590
que usar sin precisión de la venganza y sin justo motivo de la ofensa es infame baldón de la templanza, y al que sufre dispensa de la ley, a que fácil agraviará	1595
quien si tanto pretexto se irritara. Entonces resolví mudar de cielo, por si mudar la suerte assí pudiese. ¡Qué engañado desvelo pensar que en los influxos consistiese	1.600
mal a quien ciego obligo a caminar conmigo! Si es el alma el origen, nadie espere se mude mientras ella persebere.	1.605
Esto, en nobles afectos, que en vulgares mudan a los sentidos los lugares. Leño busco velero que el postrer desvarío del corage redima;	1.610
mas luego que en el mar me considero, práctico ya el desvío, la resuelta paciencia desanima, el corazón se turba y, de repente, no menos fácil que indiscretamente	1.615
(aun que se apoye en la razón mi agravio) estas querellas desató mi labio, mezcladas de algún lebe rendimiento que acordó la pasión al sentimiento: Ondas que blandamente vais a buscar mi venerada orilla,	1.620
mientras yo tristemente me acerco al Turia con ligera quilla; si el llanto de un ausente merece acaso que atendido sea, entre vosotras sus arenas vea.	1.625
Engañaré el cuidado con la inútil pensión de proponerlo; y aun después de burlado me ocupará el deseo de creerlo;	

que a un fino desdichado	1.630
le sirben de embeleso las razones	
que producen también las ilusiones.	
Tú, favorable viento,	
a la gozosa Nave que apresuras	
cede a contrario aliento,	1.635
que es mucho ya lo que en mi ofensa duras.	
Deja que otro, violento,	
hiera la proa con veloces tiros,	
envolviendo en sus soplos mis suspiros.	
Discurrirán ufanos	1.640
hasta los verdes Bosques donde avita	
de mis afectos vanos	
el dueño alebe, por que así repita	
desdenes inhumanos;	
y el aura, que algún tiempo los ha oído,	1.645
intérprete será de su gemido.	
Mas si necia porfía,	
¡quán en vano el deseo lisongea!	
Grite la rabia mía,	
ya que en el labio el daño centellea,	1.650
contra la ingrata impía	
causa que a tales sinrazones hace	
que inmenso aogo mi congoja abraze.	
O quieran, pues, los cielos,	
de mi violenta súplica mobidos,	1.655
padezca infames celos	
como yo lloro agravios repetidos;	
y en sus tristes desvelos	
mire también opuesta la mudanza	
por que aun muera la fe de su esperanza.	1.660
Jamás el rostro vea	
del que oy tan ciegamente favorece,	
afable; ni posea	
plácido el lecho. Antes, si padece	
como apetezco, sea	1.665
lid donde pruebe, en insufrible calma,	
duro valdón que martirice el alma.	
Ambrientos sus ganados	
en el valle más fresco y más sombrío	
no encuentren delicados	1.670
los pastos que antes sazonó rocío.	
Mustios sí, y agostados,	
la selva les ofrezca, para enojos	
los tomillos, y verdes los abrojos.	
Quando abrebar intente	1.675
los que blasona pródidos rebaños,	
la cristalina fuente	
halle ya turbia por los pies estraños	
de otros, que en la corriente,	
después que de la sed se redimieron,	1.680
las cenagosas obras remobieron.	

De las verdes espigas  
 vea ceder el inclinado cuello  
 a piedras enemigas. 1.685  
 Del irritado Boreas el resuello  
 malogre sus fatigas,  
 las ramas deje sin florida pompa,  
 ya que sus pingües árboles no rompa.  
 Los pámpanos sabrosos  
 de la vid más robusta y bien cuidada, 1.690  
 al brotar generosos  
 sientan del ielo la prisión ayrada;  
 y si esprimió copiosos  
 dulces racimos del lagar la fuerza,  
 en tinajas se tuerza. 1.695  
 Si yegua corredora  
 con que las liebres fatigó en el llano  
 tu Salicio, y que aora  
 busca el heno más fértil y lozano,  
 su esperanza mejora 1.700  
 con el bruto Andalúz que la apercibe,  
 no conciba, y aborte si concibe.  
 Brame la ternerilla,  
 hallando enjuto de su Madre el pecho.  
 La inocente quadrilla 1.705  
 de los polluelos, al dejar el lecho,  
 para buscar sencilla  
 los granos que arrojó piadosa mano,  
 despojo sea del voraz Milano.  
 Todo, en fin, la suceda 1.710  
 contrario a lo que aguarde su deseo.  
 Ni lamentarse pueda,  
 que es el último mal que yo no veo,  
 y si acaso la queda  
 de las dudas el término espacioso, 1.715  
 éste la falte, y siempre su reposo.  
 Pero, ¿qué es lo que digo?  
 ¿Cómo de mí mi llanto me enagena?  
 ¿Yo, villano enemigo  
 de la que adoro en medio de mi pena? 1.720  
 ¿Yo busco su castigo,  
 quando la amo constante? Miente el labio.  
 Mi vida ofendo si la suya agravio.  
 ¿A Leonisa, a Leonisa,  
 a quien el alma tímida venera, 1.725  
 pudo mi fe remisa  
 faltarla de cobarde o de ligera?  
 ¿Quién mi juicio precisa  
 a ceguedad tan torpe? ¿Acaso cabe  
 encono tal en quien sus prendas sabe? 1.730  
 No, no, la voz desmienta  
 quanta alebe expresión ha dilatado;  
 y ya que el pecho sienta,  
 no infame, el pundonor de su cuidado.





ni aun a oír los consejos de un amigo,  
no estorbes, Julio, no, que de cansado  
con la lucha que sigo  
me prepare, tal vez más sosegado,  
a estudiar en tus sabias prevenciones  
el acierto mayor de mis acciones.

1.845